

Guayaquil una expedición de tres mil hombres, que ya tenía lista, la que debía ser seguida por otra de igual número, aun antes de celebrar el tratado de auxilios, de que antes se hizo mención. Su objeto era dominar militarmente el Perú, y tener la gloria de terminar por sí la guerra de la independencia. Por eso había rehusado el concurso de San Martín y retirado antes sus fuerzas del Perú; y por eso permanecía en Guayaquil, reconcentrado allí su ejército. Las instrucciones secretas que dió en consecuencia al jefe de las tropas auxiliares, estaban concebidas en este sentido. Poca importancia daba á la pérdida ó la posesión de Lima; pero consideraba que el Callao era la llave del Perú, y encargaba muy especialmente apoderarse á toda costa de sus fortalezas (ocupadas por los aliados), empleando en último caso cualquier estratagema militar, por ser base indispensable de todas las operaciones futuras, y el único medio de alejar la guerra del territorio de Colombia (38).

Para seguir de cerca el desarrollo de estos meditados planes, envió al Perú « su brazo derecho », — como él llamaba á Sucre, — con la investidura de ministro plenipotenciario. Su misión era tomar la dirección del ejército auxiliar y hacerse de hecho el árbitro de la guerra; preparar el terreno en el sentido de los designios secretos del Libertador de

(38) Instrucciones secretas de Bolívar al general Valdez, comandante general de la 1.ª división auxiliar del Perú, de 18 marzo de 1823. He aquí el texto de las instrucciones en la parte que á ellas se hace referencia en el texto: « Art. 4. — Si no creyese que la capital (Lima) puede salvarse, hará esfuerzos extraordinarios por conservar el Callao á todo trance, valiéndose de todos los medios imaginables para apoderarse de él y conservarle. En último caso, empleará cualquier estratagema militar. — Art. 6. La conservación de Lima es de grande utilidad; pero la del Callao es de absoluta necesidad. Este puerto será la base de todas las operaciones, y perdido habría un trastorno espantoso. La salvación del Perú sería bien difícil, y Colombia vendría á ser el teatro de la guerra que trata de alejar » (Memorias de O'Leary, t. XIX, pág. 477).

acuerdo con los partidarios de la intervención colombiana, y realizadas las calculadas previsiones, restablecer el equilibrio militar y hacer que fuese él llamado como un salvador. Los sucesos así preparados, le sirvieron aún más allá de sus previsiones.

Tal era la situación militar y la perspectiva general al tiempo de la ocupación de Lima por Canterac. La situación política, era más complicada aún.

VIII

La ocupación de Lima por los realistas fué un error, y no podía ser sino muy precaria. No les proporcionaba ninguna ventaja militar, desde que no tuviesen el dominio de las fortalezas del Callao ó de la marina. Además, facilitaba el desarrollo del plan de campaña por puertos intermedios. Era por otra parte un hecho previsto, fácil de neutralizar, que precipitó la crisis política, y al centralizar el poder militar en una sola mano, dió nuevo temple á las armas independientes. El gobierno se refugió en los muros del Callao, y el ejército de Lima se situó al amparo de sus fuegos. Sucre fué nombrado general en jefe. El congreso, compuesto heterogéneo de patriotas, godos y colombianos, se dispersó en parte, pasándose algunos de sus miembros al enemigo. La minoría parlamentaria, hostil á Riva Agüero, asumió la representación soberana, y llamó á Bolívar, con la investidura de generalísimo, confiriéndole amplias facultades para la salvación del país (19 de junio). Declaróse cesante en consecuencia la autoridad del presidente de la república en el teatro de la guerra para facilitar la acción militar, y Riva Agüero fué relegado á Trujillo como un fantasma de poder. Bolívar aceptó el nombramiento, declarando que « hacía

» mucho su corazón lo llamaba al Perú ». A la espera del Libertador, Sucre fué investido en su representación con las facultades políticas y militares que le eran atribuidas (20 de junio). Los anhelos secretos de Bolívar estaban cumplidos : era dueño del Perú.

Santa Cruz, mientras tanto, había iniciado sus operaciones por puertos intermedios. Apercebido el virrey del error cometido, mandó retrogradar el ejército que había ocupado á Lima, y se puso personalmente en campaña para contrarrestar la invasión. En consecuencia, Canterac evacuó la capital y se retiró á la sierra sin ser hostilizado (16 de julio). Sucre por su parte, se puso inmediatamente en campaña, en dirección al sud, con un ejército de las tres armas, compuesto de tres mil colombianos y chilenos con un escuadrón peruano (20 de julio). En Lima, quedó un ejército compuesto de tropas peruanas, argentinas y colombianas, que debía ocupar Jauja y Huamanga, y dominar la línea del Apurímac. El plan de Sucre era, combinar los movimientos de los tres ejércitos de operaciones, tomando por base á Arequipa, y avanzar en seguida hasta el Cuzco para obrar con una masa de doce mil hombres, ó de ocho por lo menos ; pero cuando arribó á las costas del sud, ya Santa Cruz se había internado. Entonces resolvió desembarcar en Quilca y avanzar hasta Arequipa, buscando la incorporación del ejército expedicionario, para salvarlo, pues consideraba que en la situación en que se había colocado, estaba expuesto á perderse.

El mismo día que Sucre se ponía en marcha sobre Arequipa, el ejército del sud libraba en el alto Desaguadero sobre el lago Titicaca, una batalla de dudoso resultado, que debía decidir del éxito de la expedición. Santa Cruz había variado el plan de campaña acordado. En vez de maniobrar con su ejército reunido con arreglo á sus instrucciones, lo dividió en dos cuerpos, y les trazó itinerarios divergentes, que tenían por objetivo el Alto Perú. Con el primer cuerpo, desembarcó

cerca de Ilo y avanzó hasta Moquegua. El segundo cuerpo, al mando de Gamarra, desembarcó en Arica y ocupó Tacna. En esta actitud permaneció en inacción hasta mediados de julio, á la espera de la división auxiliar chilena, que habría elevado su fuerza á siete mil hombres : pero no apareciendo ésta, decidióse á abrir la campaña con los 5,000 hombres con que contaba (13 de julio). Santa Cruz, con la mitad de su ejército, trasmontó la cordillera, atravesó el Desaguadero por el puente del Inca sin encontrar resistencia, y se posesionó de La Paz (8 de agosto). Gamarra con la otra mitad, marchó por el camino de Tacora, y atravesando más abajo el Desaguadero, ocupó casi simultáneamente la ciudad de Oruro á 250 kilómetros de La Paz.

El general Olañeta, que después de su expedición á Tarapacá, se retiraba con 1,500 hombres hacia Potosí, quedó sorprendido por la aparición de la columna de Gamarra, cuya marcha ignoraba, y reconociéndose débil, se replegó hacia el sud. En Oruro se incorporó á Gamarra con 600 hombres el famoso guerrillero Lanza. Allí pudo saber también, que la división argentina al mando de Urdininea, preparada antes por San Martín, se había hecho sentir por la frontera de Salta (39). El jefe independiente, inerte é incapaz como siempre, al frente de más de 3,000 hombres, dejó escapar esta oportunidad de destruir á Olañeta, y permaneció en inacción en Oruro.

El plan de Santa Cruz, — según él mismo, — era interponerse entre las tropas realistas al norte del Desaguadero y el ejército de Olañeta, batir á éste y hacer frente en seguida al

(39) Ofi. de Urdininea de 13 de julio de 1823 al ministro de guerra del Perú, en que avisa hallarse en el valle de Cachi con su división. « Catálogo manuscrito » de Paz Soldán, núm. 535, apud, « Hist. del Perú Indep. » (2.º período).

enemigo que dejaba á su espalda (40). No hizo sino robar la vuelta. Sabedor de que el virrey reunía en Puno sus divisiones diseminadas, abandonó su estéril conquista, y retrogradó con el objeto de cubrir la línea del Desaguadero amenazada; estableciéndose en su margen izquierda sobre el puente del Inca. Las primeras divisiones españolas que se concentraron en Puno, fueron las de Valdés y Carratalá, que reunidas alcanzaban á poco más de 2,000 hombres. Valdés tomó el mando en jefe, y avanzó sobre el puente; pero hallándolo defendido con artillería, desistió del intento de forzarlo, y retrogradó al norte del inmediato pueblo de Zepita. Santa Cruz, pasó el puente y tomó la ofensiva. Encontró á Valdés establecido en una fuerte posición, á cuyo pie se extiende un llano, limitado al oeste por la montaña y al este por el gran lago de Titicaca. El general republicano, por un amago de flanco sobre las alturas y una aparente fuga de su centro, consiguió hacer descender á Valdés al llano, donde únicamente podía obrar su caballería. Dos escuadrones peruanos, pusieron en derrota toda la caballería española. Siguióse un encuentro de la infantería, de una y otra parte sin resultado decisivo. La noche que sobrevino puso término al combate. Los dos generales se atribuyeron los honores del triunfo. Valdés emprendió su retirada. Santa Cruz quedó dueño del campo de batalla; pero asustado de su semi-victoria, se replegó de nuevo al Desaguadero. Esta jornada fué la primera y última de la expedición. La campaña, — como lo había previsto Bolívar, y lo temía Sucre, — estaba perdida, desde que los dos ejércitos del sud no obrasen unidos ó en combinación.

El virrey, reunido á Valdés en Zepita, atravesó el Desagua-

(40) Carta de Santa Cruz á Riva Agüero, de 28 de julio de 1823, en Torata (« Hist. del Perú Indep. », (2.º período), pág. 113).

dero al frente de 4,500 hombres. Santa Cruz amedrentado, no pensó sino en buscar la incorporación con Gamarra. Reunidos ambos cuerpos de ejército al sud de Oruro, alcanzaban á cerca de 7,000 hombres (8 de setiembre). En esta situación ventajosa, en vez de hacer frente, intentó interponerse entre el virrey y Olañeta, que desde Potosí se había movido con un ejército de 2,500 hombres. La Serna, por una simple marcha lateral al este de Oruro por las alturas, con sólo 4,000 hombres, operó sin dificultad su junción con Olañeta (14 de setiembre). Santa Cruz se consideró perdido, y sin probar la suerte de las armas, en que las probabilidades estaban de su lado, se puso en precipitada retirada, que muy luego se convirtió en desastrosa fuga, y al fin en dispersión casi total, con abandono de armas y bagajes. Así repasó el Desaguadero, derrotado sin combatir, ni ver la cara del enemigo. Confió la defensa del puente á una compañía de infantería con dos piezas de artillería, que á la aparición de la vanguardia española, capituló, poseídos sus oficiales del pavor que la timidez del general había infundido á sus tropas. De los 5,000 hombres de la expedición desembarcada en Ilo y Arica, apenas mil regresaron á la costa (41). Al tiempo que esto sucedía, llegaba la división auxiliar de Chile, compuesta de tres batallones y un regimiento de coraceros de caballería, que al tener noticia del desastre, regresó á su país sin tomar parte en la guerra.

Sucre, en su empeño de buscar su reunión con Santa Cruz, para salvarlo ó emprender junto con él operaciones decisivas con fuerzas superiores, había procedido en su peligrosa campaña con tanta prudencia como habilidad, revelando las cua-

(41) No es necesario citar autoridades para comprobar estos hechos. Todos los historiadores así americanos como españoles, y los documentos oficiales de una y otra parte, están contestes en condenar al general Santa Cruz, y hasta sus mismas defensas lo acusan.

lidades de un eximio capitán, tan metódico como San Martín en sus empresas, y tan inspirado como Bolívar en el campo de la acción, pero con más ciencia militar que éste. Al llegar á Arequipa, tuvo noticias de la batalla de Zepita. Estaba en marcha en dirección á Puno, con el objeto de buscar su incorporación con Santa Cruz, suponiendo racionalmente que éste mantendría el terreno, cuando tuvo noticia de su completa destrucción. Los realistas convergían sobre Arequipa con todas sus fuerzas de reserva desocupadas. En tan crítica situación, emprendió su retirada, pero de modo de proteger la de los restos del destrozado ejército expedicionario del sud. Reembarcóse en Quilca, y dió por terminada la campaña, que sería la última del sud.

IX

El plan póstumo de campaña de San Martín por puertos intermedios, quedó desde entonces abandonado y desacreditado, ó por las faltas cometidas por sus ejecutores, ó porque tal vez no era ese el camino de la victoria final, como el hecho pareció demostrarlo después. Pero por una de esas combinaciones caprichosas del acaso, en que intervienen más las impresiones individuales que el encadenamiento lógico de los hechos, al mismo tiempo que el último plan de campaña del gran capitán sud-americano, ejecutado por manos ajenas, era enterrado por dos derrotas sucesivas, el libro de su destino, para siempre sellado, pareció reabrirse ante sus ojos en la página interrumpida.

Poco después de separarse del Perú, los votos de Guayaquil, expresados por dos de sus hijos más espectables, lo llamaban á volver á la vida pública. « Sólo la mano de San » Martín puede perfeccionar la grande obra de la libertad

» del Perú, — le decían, — y los guayaquileños lo miramos
 » también como el áncora de nuestra esperanza. No es po-
 » sible que el Fundador y Protector de la libertad, deje de
 » conmoverse, ni es honor del Libertador de Chile y del Perú
 » que mire con indiferencia un pueblo que tiene fijos sus
 » ojos en él. Ya es tiempo, que cubierto de la gloria que le
 » ha dado su filantropía, vuelva en alas de nuestros deseos
 » á llenar los destinos de estos pueblos. Las resoluciones y
 » planes del héroe que lleva siempre en su alma la libertad
 » de los pueblos, deben sernos muy respetables; la convo-
 » cación del cuerpo representativo del Perú y su voluntaria
 » separación del manejo de los negocios, eleva su persona
 » al más alto punto de gloria; pero también es verdad, que
 » no puede desdeñarse de escuchar el clamor de los buenos
 » patriotas que ansían por su presencia, y que la posteridad
 » no hallaría tal vez disculpa, si su excesiva generosidad
 » atrajese á estos pueblos desgracias que no están lejos de
 » sobrevenirles. Los destinos de estos pueblos necesitan un
 » genio que los impulse » (42). El mismo Riva Agüero, que
 » había conspirado contra el ex-Protector, y que muy luego se
 » puso en pugna con el congreso, le escribía: « San Martín es
 » necesario á la América, y sus verdaderos amigos no podrían
 » más sobrellevar, sin continuas lágrimas, la pérdida de un
 » héroe á quien se debe la independencia, y en quien tienen
 » fijos los ojos las naciones civilizadas. Sea cuanto antes el
 » día en que tenga el placer de darle un abrazo » (43).
 Después de los desastres de Torata y Moquegua, todos los
 ojos se volvieron hacia él. Uno de sus amigos, al trasmitirle

(42) Carta de Francisco de Ugarte y de Francisco Roca (guayaquileños), de 14 de noviembre y 31 de diciembre de 1822. M. SS. (Arch. San Martín, vol. LVII.)

(43) Carta de Riva Agüero á San Martín, de enero 2 de 1823. M. S. aut. (Arch. San Martín, vol. LVII.)